

Sobre el sujeto feminista

2019-10-05



**Genero
problematika**

AMETS SARASUA

Seguro que a ti también se te ha pasado esto por la cabeza: ¿a quién se dirigen las jornadas feministas? Fue la pregunta que me vino a la mente en cuanto vi la convocatoria; pero solo la primera; ya que todas las vueltas dadas para intentar definir el sujeto del feminismo me conducen a ésta otra: ¿a quién le afecta la problemática de género? Pensamos muy poco en esta pregunta, aun siendo muchas las implicaciones que conlleva la respuesta.

La convocatoria ha sido para todas las mujeres*. ¿No os parece que uno de los términos no aclarados es ese de la mujer con asterisco? Es como el comodín que guardas en una partida de cartas en la que todavía no has encaminado tu jugada: igual que el comodín que guardas para dar salida a cualquier cosa que tengas entre manos o para justificar una jugada por terminar. Creo que añadirle un asterisco a la mujer cumple una función similar: el intento de englobar cualquier elemento o identidad oprimida que tenga que ver por la problemática de género, sin saber muy bien la manera de explicar las formas de expresión de la opresión o la manera de proyectar la lucha de este sujeto.

Alguien que quiera ofrecer el reconocimiento que se merece a todos los oprimidos nos preguntará por qué reducimos a un único sujeto el sujeto feminista; argumentando que las mujeres somos muy diversas y que cada cual tiene sus condiciones particulares. Habremos de responder que nosotras no negamos agencia a nadie, es decir, no le negamos a nadie la organización política. Lo que sí que negamos es la potencia que tiene la mujer con asterisco para defender los intereses de las mujeres trabajadoras. La razón de ello no es la falta de voluntad, aunque en algunos casos pueda ser así, sino la imposibilidad que tiene un agente para hacer una defensa real de intereses contrapuestos: porque dos elementos que están en contradicción siempre llegan a una misma síntesis, a una nueva situación que transforma su carácter original. Y cuando hay intereses de clase por medio, como no existe camino intermedio, la una siempre superará a la otra; y, oye, ya sabemos cómo nos va en la partida del interclasismo.

Cuando aseveramos que el sujeto de lucha es la clase obrera, estamos diciendo lo siguiente: como lo que nos convierte en subordinados es nuestra situación de desposeídas, para terminar con la opresión debemos desarrollar la organización política que nos posibilite tomar el control sobre nuestras vidas. Alguien nos dirá que estemos tranquilas, que como la clase obrera es un concepto que hacen suyo casi todos los agentes que forman parte del Movimiento Feminista de Euskal Herria, los intereses del proletariado ya están representados en la escena política. A los que creen que estamos obcecadas en repetir infinitamente clase obrera, deberemos responderles que nuestra preocupación radica en especificar correcta y detalladamente lo que nombramos a través del concepto, y sobre todo, en dar forma a las implicaciones políticas que tiene tomar al proletariado como sujeto.

Por tanto, a la hora de definir a la clase obrera, repetiremos hasta la saciedad que lo que nos hace ser parte de esta clase no es la venta de nuestra fuerza de trabajo, sino, nuestra condición de desposeídos. Lo que nos convierte en proletarias es la dependencia que tenemos para reproducirnos a través del salario, sin tener en cuenta si la fuente de la que recibimos el dinero o los

servicios es el mismo trabajo asalariado, el trabajo asalariado de alguien cercano o el mismo Estado. Y así, cuando hablamos de la clase obrera, hablamos de cualquiera que se vea obligada a organizar su trabajo en función de los intereses de la burguesía. Sin embargo, es cierto que la mayoría de los que forman parte de las organizaciones proletarias que conocemos en Euskal Herria, han sido trabajadores asalariados; e incluso en este contexto en el que las condiciones de trabajo de la aristocracia obrera se desintegran, tenemos una gran dificultad para trabajar con los sectores más proletarizados de la clase obrera. Pero, tenemos que tener claro que el límite que tenemos para que las mujeres más proletarizadas se organicen no es infranqueable, y que debemos enfrentarnos a la dificultad: y la forma de mirar a ese límite, ha de ser, por tanto, la de la necesidad de superarlo.

Como se ha comentado anteriormente, como el mero hecho de que el término clase obrera esté presente no hace que este se convierta en útil, nuestra actividad no debe limitarse a introducir en nuestro diccionario este u otro término. Intentemos, de esta manera, aunque sea de forma superficial, fijarnos en algunas de las implicaciones políticas que esta elección implica. Por un lado, y como ya hemos comentado, cuando decimos que el sujeto de lucha ha de ser la clase obrera, no estamos diciendo que esta esté organizada, ni que el conocimiento de esa tarea sea generalizado. La clase obrera, hoy por hoy, es una clase social: Una clase social que tiene el conocimiento adecuado sobre las imposibilidades de su día a día, pero, que todavía, no ve la necesidad de organizarse a sí misma como sujeto para superar esas vicisitudes.

Por otro lado, debemos tener en cuenta que la relación entre identidad y sujeto no es directa ni unilateral, es decir, tener una identidad u otra no nos hace formar parte de un sujeto u otro. Hoy en día, la clase obrera engloba decenas de identidades, de hecho, muchas de las identidades que formamos los trabajadores tienen carácter burgués. Así, nos es necesario neutralizar tanto las identidades opresoras que dependen de las funciones sociales impuestas a cada segmento de la clase obrera para perpetuar la situación de dominación, como los intentos de formar a cada una de esas identidades como sujetos fragmentados. Yendo incluso más allá, nos es necesario acabar con la idea de que la elección de las identidades es la consecuencia de un proceso personal: que las identidades que formamos y las necesidades que tenemos no van de la mano. Y para enfrentarnos a esto reivindicaremos que la identidad que queremos formar debe adherirse al programa político.

Podemos tomar como ejemplo de la complejidad de este conflicto el debate llevado a cabo en la mesa redonda sobre descolonialización en Salda Badago. Como las ideas emergidas fueron muchas y diversas, fue difícil entender con precisión cuales eran los temas a debatir y la posición que cada una tomaba en ese debate. Aunque no voy a intentar hacer un resumen, para entender la conexión que este debate tiene con el conflicto del sujeto, entre otras cosas, me gustaría traer a colación un argumento que me pareció clave. Tanto desde la mesa como desde el público, se repitió una y otra vez que las blancas y las negras no podemos formar un sujeto unificado; que las diferencias sociales que tenemos imposibilitan una manera sana de organizarnos juntas políticamente. Esto, claro, encendió el enfado de mucha gente y aunque las defensoras de este argumento se empeñaron en repetir que dicha rabia era la reacción a una verdad dolorosa, aseguraría sin atisbo de duda: lo que encendió el enfado fue que se nos negó la oportunidad de comprometernos en algo que no nos afecta personalmente. Ya que lo que pusieron en duda no fue "la falta de voluntad de

las blancas", sino el mismo compromiso total que durante décadas han tenido las militantes de este pueblo a favor de un proyecto colectivo.

Aunque al principio he afirmado que para resolver el conflicto del sujeto es necesario explicar a quién afecta la problemática de género, al final, a esa pregunta le he reparado poco, o apenas nada, así que tendremos que dejarla para otra ocasión. Sin embargo, la mencionada elección, además de dejar clara la necesidad de la organización del proletariado en un solo camino unificado, confirma la capacidad que tenemos de comprometernos con la decisión colectiva, más allá de la voluntad que debemos tener para realizar las necesidades y deseos de nuestras compañeras. El objetivo del sujeto feminista no es crear un espacio para que todas las voces oprimidas trabajen de forma conjunta: la tarea del sujeto feminista consiste en poner nuestra pizca de capacidades al servicio de las que más lo necesiten, para que así, esa pizca de capacidades se transformen en capacidades ampliadas.

Si queremos cuidar las vidas de las oprimidas, nuestras vidas, deberemos organizarnos en pro de la clase oprimida. Tenemos que rechazar la diversidad de sujetos que destruye la potencia proletaria y poner en el centro a un sujeto que tiene como base la diversidad de la clase obrera. Porque para nosotras, las desposeídas, tomar el control sobre nuestro trabajo nunca implicará hacer lo que queramos con esa capacidad, sino que nuestro trabajo pase de estar subordinado a los deseos de la burguesía a estar bajo las necesidades del proletariado; nos guste o no, la libertad del proletariado va, necesariamente, en contra de nuestra voluntad espontánea. Por eso decimos que es imposible manejar a la vez los deseos de la clase media y las necesidades de la clase obrera. Negamos a la mujer con asterisco como sujeto, porque es imposible saciar las necesidades de las oprimidas a través de un sujeto que no tiene iniciativas concretas para con nosotras.